

cuento de mi amigo, vi á una inmensa foca tendida y muerta en el suelo; otra, herida mortalmente, escapó hacia el agua. Al día siguiente, hallamos su cadáver en la playa, depositado por las olas.»

Acontece á menudo, según afirma el propio Schilling, verdadera autoridad en la materia, que se pueden matar focas desde las canoas ligeras, acercándose impulsados, no á fuerza de remos, sino por plácida y suave brisa, hasta llegar á la playa donde duermen sosegadamente aquellos anfibios.

Durante las épocas rigurosas de invierno, cuando cubre la tierra una espesa sábana blanca de nieve y hielo, puede cazarse á las focas en abundancia; pero los elementos son enemigos alevés y traidores, que vengan, muchas veces, á las tímidas focas.

Cuando las corrientes del mar Báltico se hallan congeladas, las focas abren agujeros en el hielo, para respirar y salir del agua. Cada foca tiene uno ó más orificios á su disposición.

El cazador, calzados los pies con zapatos de fieltro tupido, para no hacer ruido, se pone en guardia junto á una abertura, esperando que salga alguna foca. El cazador debe tener gran cuidado en observar la temperatura, para que no quede sepultado entre la nieve.

En las costas del sud del Báltico, se cazan las focas con arpón, y con menos frecuencia con fusiles y carabinas.

El cazador con arma de fuego debe ir provisto, para la caza de las focas, de dos carabinas: una de pequeño calibre, y otra de grueso, y de mucho alcance.

Muchos cazadores suecos adiestran perros que descubren, con gran pericia, las huellas de las focas, y aun llegan á detenerlas hasta que llegan los dueños de los canes.

En las islas de Feröe, se caza á las focas mientras están en tierra, junto con sus piquenuevos. El sitio donde las hembras alumbran se apellida *later*, y la época propicia para la caza, *época del later*.

III

Graba, célebre cazador, describe una de estas características cazas de focas.

«Cuando llegamos á una de las grutas de la isla, nos vimos rodeados por una multitud de focas, que

nos miraban curiosamente. Desembarcamos, y era tal el número de focas, que formaban masas compactas, apretadas unas contra otras, de suerte que no distinguíamos las cabezas y colas de aquellos animales.

Disparamos, y, al sonar el estampido, las focas se lanzaron al mar. Nos embarcamos de nuevo, dirigiéndonos hacia la gruta, profunda hendidura abierta en un promontorio, y besada y arrullada por el mar.

Las focas, en número de cerca unas cincuenta, se detuvieron, contemplando, á la vez con inquietud y curiosidad, nuestras maniobras. Una de las focas se acercó tanto á la canoa, que disparamos, pero se sumergió en el agua junto con el resto de la bandada. Esta escena se repitió varias veces. Como puede suponer el lector, matamos gran número de focas en aquella expedición.»

Cuando una foca ha recibido un balazo en la cabeza, permanece algunas veces en la superficie, pero ordinariamente se sumerge, y entonces el cazador la pierde. Rara vez, por no decir jamás, se mata una foca al primer golpe, ó instantáneamente.

Añejen consejos, dignos de atención para los cazadores, vedan á éstos destruir más de la mitad de las focas que se hallan en un *later*, y deben respetar, sobre todo, á los viejos machos.

En los *laters* el cazador se presenta con unas linternas de excelente foco, y durante la noche la luz artificial deslumbra á aquellos anfibios.

Los *laters* suelen hallarse situados en las grandes grutas abiertas en algunas islas por la labor incesante, durante millones de años, de las embravecidas olas del mar.

Espectáculo extraño y singular ofrece la llegada silenciosa de los cazadores en la canoa. Si el *later* es oscuro, ó se halla sumergido en la penumbra, entonces el cazador derrama focos de vívida luz artificial, que alumbran aquellos retirados antros, llenando de estupor á las focas, que quedan inmóviles y deslumbradas.

Cuando en los *laters* penetra la luz del día, las focas, al aproximarse las canoas, chillan, y se mueven furiosamente.

La foca mayor, á la que los indígenas apellidan *latri-verjar*, ó sea defensora del *later*, se levanta é intenta impedir que los cazadores avancen, y se dirige hacia ellos con la boca abierta.

Como la foca se halla en el sitio más elevado, el primer cazador que desembarca hállase sorprendido, y difícilmente puede descargar sobre ella su maza. Lo más prudente es que, mientras tiene en jaque á la foca, un segundo cazador vaya por la espalda y descargue un

golpe sobre el anfibio, que no presta atención sobre el que se halla detrás.

El *latri-verjar* es temible; y si puede coger la maza entre sus dientes no la suelta. Vigorosos cazadores afirman que prefieren batirse con un toro furioso que contra una foca *latri-verjar*.

La carne de la foca no agrada á los paladares de los habitantes del centro y mediodía de Europa y América. Los suecos la encuentran muy sabrosa, y es indispensable para la mayor parte de los pueblos del norte.

Los habitantes de la Groenlandia son los más diestros cazadores de focas, y los que emplean mayor número de artificios.

Los groenlandeses,—dice Fabricius,—son maestros en el arte de remar velozmente, y, sin hacer ruido, acércanse á las focas.

Cuando una foca sale del agua, observan la manera cómo anda y se mueve, para decidir cómo tienen que atacarla. Cuando notan que la foca está descuidada y tranquila, entonces se acercan sin ruido para no turbar su reposo. Gran destreza se necesita para llegar, como llegan, á fuerza de remos, junto al anfibio, sin que éste dispierte y se alarme.

Cuando la foca es prudente, el cazador groenlandés ve la tarea ardua y difícil; pero no desespera aún: si la foca se sumerge en el agua, avanza la canoa.

Cuando saca la foca la cabeza del agua, permanece el cazador quieto, tendido en el fondo de la canoa, que flota á guisa de cuerpo muerto y abandonado.

Cuando la foca manotea en el agua, el cazador silba de una manera característica para calmar al anfibio.

Difícil es enumerar la serie de situaciones en que se puede hallar el cazador de focas.

El arma que usan los groenlandeses para la caza de la foca, así que se halla á su alcance, es el arpón atado en su extremo por una cuerda.

Desde el arpón de espinas de pescados, ó huesos, de que se sirven los habitantes de la Tierra del Fuego para la caza de la foca, hasta el más perfeccionado tri-

dente con dientes y puntas de acero mejor templado, existen en aquellas regiones una colección de arpones, más ó menos toscos, que, depositados en un museo, serían preciosos documentos arqueológicos.

El cazador, al lanzar el arpón sobre la foca, ve en seguida si ha dado ó no en el blanco. En el primer caso, no tiene tiempo que perder, y debe lanzar todo el cabo al agua, porque la fuerte impulsión de las focas heridas podría hacer zozobrar la canoa.

Un descuido suele acarrear la muerte, y la víctima arrastra más de una vez á su verdugo hacia el fondo del agua.

Alguna vez la foca ataca á las pequeñas canoas, formadas de tenues materiales, y tumba la embarcación, ahogando al cazador.

Así es que la caza de las focas puede considerarse como peligrosa cuando se realiza en el agua.

Cuando el cazador tiene al alcance de su puño una foca, con un golpe en la nariz la aturde, y puede entonces fácilmente matarla con un cuchillo.

En resumen, la caza de la foca, para el europeo, ofrece subido interés venatorio. Las regiones heladas, los témpanos de hielo, las costas de los países del norte, son los favoritos de bandadas de

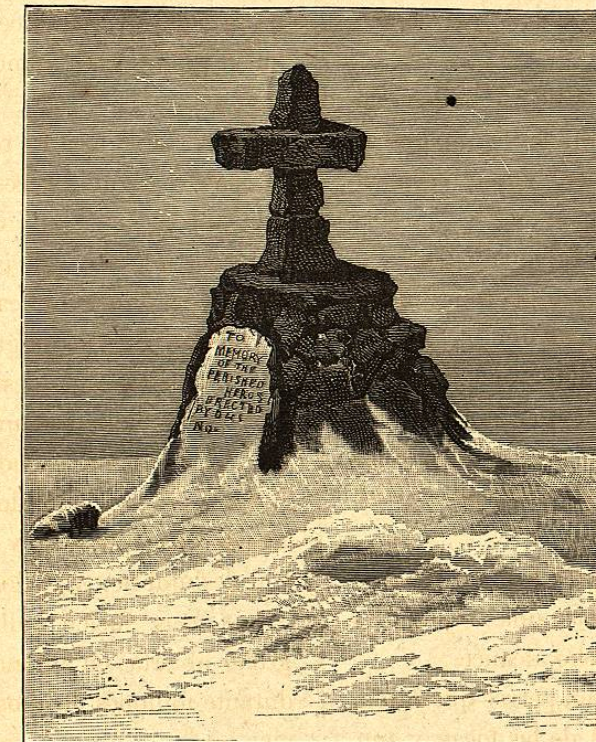
focas. Rara vez el cazador halla uno solo de estos anfibios.

En la caza de las focas todo es característico y singular: desde las regiones en que habitan hasta la manera de cazarlas los indígenas.

Los *laters*, principalísimos criaderos de focas de la Groenlandia, son casi siempre grandiosas grutas, hasta cuyo fondo penetra el mar.

Los diestros pinceles y mágicos colores del pintor y del poeta tienen anchuroso campo para describir aquellas maravillosas construcciones, elaboradas pacientemente á través de los siglos por la misteriosa mano del tiempo.

Bóvedas y paredes graníticas, de caprichosas figuras geométricas, cuajadas de estalactitas, tapizadas de musgos y líquenes. La oscuridad ó penumbra convida

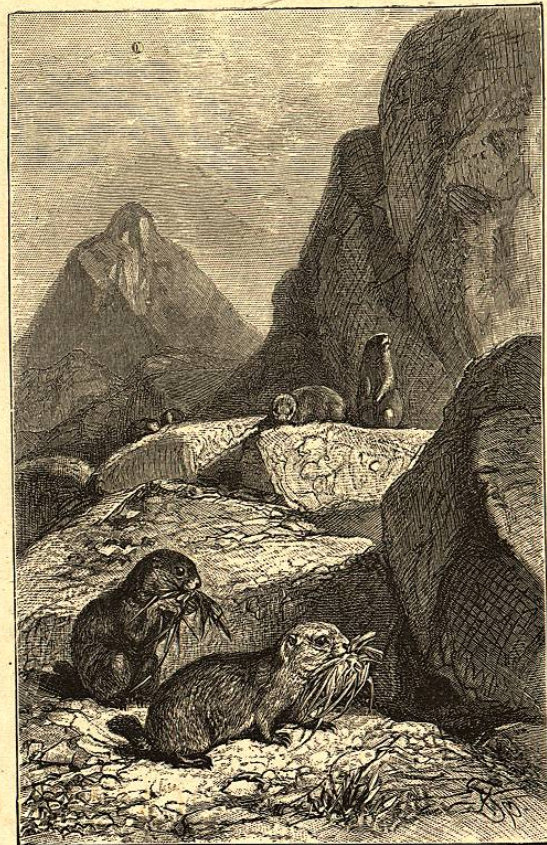


Tumba de un célebre cazador de focas

al reposo y recogimiento de las focas tras la época del celo y cuando cuidan á sus pequeñuelos.

En aquella retirada mansión, delicioso retiro para las perezosas focas, allí les sorprende el cazador, pudiendo hacer verdaderas hecatombes de anfibios.

Los groenlandeses manejan entonces diestramente el arpón, y no dan tregua y sosiego á la mano, pues, según queda apuntado, la carne de la foca es para ellos sabroso alimento, y utilizan la piel y la grasa de aquellos anfibios.



CAPÍTULO XII

LA CAZA DEL ELEFANTE DE LA INDIA
Y DEL ÁFRICA

I

La escena cambia bruscamente. En vez de los picos de los Alpes, los precipicios de los Pirineos y las selvas rusas, ó del Norte y Sud América, ó zonas glaciales del polo y de la Groenlandia, morada de osos y focas, encuéntranse otra vez los junglares y países tropicales de la India y los bosques del centro del África, poblados de tigres, elefantes y leopardos.